

CUTHBERT BEDE, B. A.

Las aventuras de Verdant Green

Traducción de Caroline Phipps

Editorial Belvedere



**Editorial
Belvedere**

Título original: *Mr. Verdant Green. Adventures of an Oxford Freshman*

Primera edición: Septiembre 2010

© de la traducción: Caroline Phipps

© de la presente edición:

Editorial Belvedere, S. L.

Sociedad Unipersonal

Apartado de Correos 7191

28012 Madrid

E-mail: editorial.belvedere@hotmail.com

www.editorialbelvedere.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-937947-0-5

Depósito legal: M. 39.498-2010

Impreso en España – *Printed in Spain*

Fotocomposición e impresión:

Imprenta Taravilla, S. L.

Mesón de Paños, 6

28013 Madrid

Índice

1. LAS AVENTURAS DE VERDANT GREEN	9
2. MÁS AVENTURAS DE VERDANT GREEN	125
3. VERDANT GREEN... ¡FLORECE!.....	233

Editorial Belvedere

LAS AVENTURAS DE VERDANT GREEN

Editorial Belvedere

CAPÍTULO I

Parientes y antecedentes de Verdant Green

Si consultamos el tomo inédito de Burke sobre la aristocracia rural británica y buscamos, en la letra «G», la entrada «GREEN», comprobaremos que los Verdant Green constituyen una familia bastante respetable y muy antigua. Los encontramos ya en 1096, acudiendo en tropel a las cruzadas entre los seguidores de Pedro *el Ermitaño*. Es entonces cuando uno de ellos, Greene, apodado el Memo, hipotecó sus tierras con el fin de equipar convenientemente para la guerra a sus compañeros más pobres. Sin embargo, parece que la hacienda familiar fue recuperada y aumentada considerablemente por su bisnieto, Hugo de Greene, aunque peligró de nuevo en 1456, cuando Basil Greene, después de que Enrique VI le encargara descubrir la piedra filosofal para acrecentar la riqueza de la corona, derrochó la mayor parte de su fortuna en experimentos inútiles; mientras que su hijo, asimismo contagiado por el espíritu de la época, saltó por los aires en su laboratorio cuando estaba a punto de descubrir el elixir de la vida. Parece ser que fue por esa época cuando se produjo el vínculo matrimonial entre los Greene y la igualmente arraigada familia Verdant. Más adelante, en 1510, encontramos a un Verdant Greene en calidad de juez de paz en Warwickshire, presidiendo el juicio de tres decrepitas ancianas, las cuales, declaradas culpables de transformarse en gatos y, bajo esa forma, asistir a reuniones nocturnas con espíritus malignos, fueron, naturalmente, acusadas por él de brujería y quemadas en la hoguera con la debida solemnidad.

Siguiendo el rastro de la familia, no encontramos a ningún

miembro que haya alcanzado gran eminencia, ni en el gobierno, ni en los consejos del senado, ni siquiera en los servicios activos; tampoco consta que amasaran riquezas o propiedades más allá de lo habitual. Pero quizá estas circunstancias se expliquen mejor al descubrir que los Green, generación tras generación, fueron víctimas de mentes más astutas y que, cuando se encontraban en apuros, tenían que arreglárselas ellos solos de la mejor manera posible, manera ésta que solía desembocar en una administración ineficaz y una total confusión. La idiosincrasia de la familia parece haber sido tan bien conocida que los encontramos continuamente sirviendo de instrumento de algún personaje mucho más conocedor del mundo que ellos; acercaban sus manos al fuego, y descubrían su error cuando ya se habían quemado los dedos.

De este modo, la estirpe de los Verdant Green nunca sobrepasó cierto nivel, ya sea en riquezas o en condición social y, de un siglo a otro, siguieron siendo la misma gente confiada, crédula, respetable y acomodaticia, con la misma confianza ilimitada en sus conciudadanos y la misma buena disposición para servir a la sociedad poniendo su firma en pequeñas facturas, meramente por el bien de las formas y de la amistad. El arrendatario Verdant Green (con su jubón partido de terciopelo, su cuello de puntilla caída, y su monedero bien surtido, contábase entre los cortesanos favoritos del Alegre Monarca,¹ hasta el punto que permitió que éste, en su alegría, tomara prestado su monedero a cambio de un simple pagaré que decía: «Por Júpiter, mañana te llevarás el mío!», y nunca, naturalmente, llegaría el día del reembolso); no era más que el prototipo de los Verdant Green con peluca, zapatos con hebillas y pantalones cortos de la época de Jorge I, quienes casi quedaron arruinados con el estallido de la Burbuja de los mares del sur² y el plan Misisipí, y que, a su vez, fueron debidamente representados por sus sucesores. De esta forma, el carácter de la familia, junto con la

¹ Tras el período republicano con Cromwell a la cabeza, se instauró la monarquía en la persona de Carlos II, llamado *el Alegre Monarca* por su azarosa vida sentimental envuelta en un ambiente de extraordinaria frivolidad. (*N. de la T.*)

² La *South Sea Bubble* (La burbuja de los mares del sur) fue una de las primeras crisis financieras de la historia. Tuvo lugar en 1720 y arruinó a multitud de inversores ingleses que habían invertido en la *South Sea Company*, empresa fundada en 1711 y que comerciaba con las colonias españolas de América. (*N. de la T.*)

nariz, fue transmitiéndose de padres a hijos, hasta que ambos reaparecieron (según la veraz crónica de Burke, a la que nos referimos antes) en:

VERDANT GREEN, de Manor Green, Warwickshire, caballero, casado con Mary, única hija viva de Samuel Sappey, Esq., de Sapcot Hall, Salopshire; con quien tuvo un hijo y tres hijas: Mary, *VERDANT*, Helen y Fanny.

El señor Burke es bastante insensible como para revelar las fechas de la llegada de este ramillete de Greens al mundo; pero nosotros las omitimos, por un delicado respeto hacia los sentimientos personales, el cual apreciarán debidamente todos aquellos que hayan sufrido la impertinencia de un molesto formulario del censo invadiendo su sagrada intimidad.

Bástenos para nuestro propósito decir que nuestro héroe, Verdant Green, hijo, nació más o menos de la misma manera que las demás personas. Además, a pesar de que la señora Toosypegs, su nodriza, cuando el bebé aún conservaba el primer rubor rosáceo de su existencia, declaró que: «Era un perfecto prodigio, señora, no hay duda; sé muy bien lo que me digo, después de haber traído a tantos críos al mundo y haber visto cómo pueden salir», no nos consta que su *début* en el escenario de la vida (pese a los aplausos de una adepta tan incondicional como la señora Toosypegs) fuera anunciado al mundo en general con ninguna otra señal más que una reseña en la prensa local y un anuncio de seis chelines en *The Times*.

Por muy «prodigio» que fuera, el nacimiento de Verdant Green sólo fue documentado de ese modo habitual. Por lo demás, no parece haber ido acompañado por ninguno de esos fenómenos monstruosos que, en épocas remotas, se asociaban a la llegada de un *auténtico* prodigio. No nos consta que la Alderney favorita de la señora Green se pusiera de repente a pronunciar palabras, ni que cambiara su costumbre de no hablar en público. Tampoco podemos comprobar si el fenómeno observado por el inteligente señor Mole, el jardinero —el Apolo de yeso que hay en Long Walk bañado en abundante sudor— era debido a que la estatua se sentía en la obligación de seguir las buenas costumbres clásicas o, sencillamente, a que el tiempo era húmedo. Tampoco nos atreveríamos a afirmar que las gallinas en el gallinero se negaran a comer su comida habitual

o que los caballos en el establo se pusieran a temblar de terror; ni que nada, ni nadie, con la única excepción de la señora Toosypegs, mostrara el menor indicio de que había sido entregado al mundo un verdadero y auténtico prodigio.

Sin embargo, durante los dos primeros años de su vida, los cuales se los pasó principalmente bebiendo, llorando o durmiendo, Verdant Green recibió las mismas atenciones y alabanzas que suelen destinarse a los niños más favorecidos. Así pues, la señora Toosypegs fue requerida para ocupar de nuevo su posición en la casa, y el reinado del niño terminó. Ella, fiel a su misión, declaró al nuevo bebé «el prodigio», y todos la secundaron. Pero, como siempre sucede en la vida, un recién nacido desplaza al otro; el segundo amor suplantata al primero; encontramos nuevos amigos que borran el recuerdo de los anteriores; y en casi todo descubrimos que hay un número dos que puede bajarle los humos al número uno.

Una vez más, la sombra de la señora Toosypegs cayó sobre las paredes de Manor Green. Después, una vez cumplido su cometido, desapareció para siempre, quedando nuestro héroe como único hijo varón y heredero, sostén y orgullo de la casa Green.

Si fuera cierto que las formas externas de la naturaleza ejercen un dominio oculto aunque poderoso sobre las nacientes percepciones de la mente y moldean sus pensamientos en armonía con las cosas que la rodean, entonces es indudable que Verdant Green debería haber nacido poeta, puesto que se crió entre aquellos escenarios cuya eternidad es tal que... ¡inspiraron en el alma de Shakespeare sus fantasías inmortales!

Manor Green estaba situada en uno de los lugares más hermosos de todo Warwickshire, un condado rico en todo lo que constituye lo más pintoresco de la auténtica campiña inglesa. Mirando desde las ventanas del salón de la casa, veíase en primer plano el bonito jardín francés, con sus espléndidos parterres multicolores y sus anchos senderos y terrazas de gravilla. En cualquier momento podía surgir un pavo real, paseándose orgullosamente o encaramado en la balaustrada de piedra exhibiendo su belleza al sol. Más allá estaban los cuidados jardines, delimitados a un lado por Long Walk y la arboleda de arbustos y robles, y al otro por una doble alameda bordeada de majestuosos olmos que conducía, a través de un césped aterciopelado verde y brillante, pasando junto a un pequeño pabellón rústico, hasta un valle de

suave pendiente, donde las paredes blancas de unas casitas con sus gabletes cubiertos de rosas asomaban entre los árboles en flor, revelando la belleza de la aldea que parecían reacios a ocultar. A continuación, se veía el campanario gris de la iglesia oscurecido por la hiedra que lo envolvía; luego, otro grupo de imponentes olmos, habitados por ruidosos grajos; más lejos, una extensión de brillante pradera amarilla, jaspeada de vacas paciendo entre la hierba y las flores que las cubrían hasta las rodillas; después, un hondo estanque que lo reflejaba todo y brillaba como la plata; más allá, más árboles con sombras flotantes, y granjas con abundantes almiarés; luego, un arroyo bordeado de sauces que centellaba alegremente hasta una vieja rueda de molino, bajaba con pereza los escurridizos escalones y descendía pausadamente hasta unirse a un riachuelo; más lejos veíanse frondosos bosques y algunos robles de grandes cornamentas, y aulaga dorada y brezo morado, y luminosos bosquecillos de frutales, con su oleaje verde oscuro que en primavera exhibía su blanca espuma floral; finalmente, las suaves ondulaciones de las colinas se elevaban para completar la escena y enmarcar el cuadro.

Tal era la vista desde Manor Green. Pero aun con toda la inspiración que ofrecía semejante escenario, Verdant Green nunca logró (en cuanto a inspiración poética se refiere) más que un «Discurso a la Luna», que bien podría haber escrito en cualquier otra parte del país y que comenzaba con la noble aspiración de:

¡Oh, Luna!, que brillas en el cielo tan azul,
¡sólo deseo poder brillar como tú!

Y terminaba con uno de esos espléndidos toques naturales que se elevan muy por encima de las trabas de la versificación corriente:

Pero yo a la cama debo irme ya,
por lo que no sigo dirigiéndome a ti, ¡oh, Luna!

que sin lugar a dudas pasará a la posteridad en el álbum de recuerdos de su hermana Mary.

Durante los primeros catorce años de su vida, la educación de Verdant Green se llevó a cabo exclusivamente bajo el techo paterno sustentada en principios considerados con todo afecto como los

más sólidos y puros para la formación de su carácter. La señora Green, el alma más buena y maternal que haya existido nunca, era, sin embargo, como hemos mencionado, de los Sappey de Sapcot, una familia que no destacaba ni por su sentido común ni por su sabiduría mundana, y sus ideas sobre la educación de un muchacho coincidían con las de su poeta favorito, Cowper, que en su *Tirocinium* decía:

Bien instruido serás *sólo* si compartes
los consejos de una madre y los cuidados de una niñera;

y en el horror a cualquier otro tipo de instrucción (que, por supuesto, excluía a la señora Toosypegs) mantuvo afectuosamente al señorito Verdant pegado a sus faldas. La tarea de despertar su joven mente fue encomendada principalmente a la institutriz de sus hermanas, ocupando el muchacho de forma habitual un lugar junto a ellas en la sala de estudio. Todos los ejercicios y deberes eran supervisados a diario por su tía, la solterona Virginia Verdant, prima hermana del señor Green, que había venido de visita a la mansión durante la primera infancia del señorito Verdant, y se había quedado desde entonces. Este generalato fue coronado con tal éxito que su sobrino creció como delicado compañero de sus hermanas, sin conocimiento alguno de los deportes propios de un muchacho, y sin desearlos.

Las opiniones de la madre y de la solterona sobre su educación estaban reforzadas por la circunstancia de que no tuviera ningún compañero de juego de su mismo sexo y edad. Además, como su padre era hijo único y los hermanos de su madre habían fallecido en la infancia, no existían primos que lo iniciaran en los misterios de los juegos y los sentimientos típicos de los muchachos.

Era el señor Green un hombre a quien lo único que le importaba era vivir una vida tranquila y sin complicaciones. Muy poco se habría preocupado por sus vecinos, si los hubiera tenido, pero Manor Green estaba situada en una zona agrícola y, salvo la rectoría, no había ninguna otra casa grande en los alrededores. La mujer del párroco, la señora Larkyns, había muerto poco después del nacimiento de su primer hijo, un varón, el cual estaba estudiando en un colegio privado. Esto era motivo suficiente, a juicio de la señora Green, para que una relación demasiado íntima entre su chico

y el señorito Larkyns fuera, en ningún caso, algo deseable. Secundaba a su poeta preferido cuando éste decía:

Porque los colegios privados alimentan locuras privadas.

Los consideraba caldo de cultivo de todo lo malo y siempre hacía oídos sordos, aunque corteses, cada vez que el párroco decía:

—¿Por qué no deja que su Verdant vaya con mi Charley? —le preguntaba el señor Larkyns—. Charley tiene tres años más que Verdant, y lo pondría bajo su ala.

La señora Green antes preferiría poner una de sus gallinas bajo el ala de un halcón, que confiar al inocente Verdant al cuidado del pícaro Charley. Ella seguía defendiendo su propio sistema educativo, a pesar de todos los esfuerzos del párroco por hacerla cambiar de idea.

En cuanto al señorito Verdant, no podía estar más contento con la decisión de su madre, ya que compartía toda su inquietud referente a los colegios privados, aunque por otras razones. No visitaba la rectoría muy a menudo durante las vacaciones del joven Charley, pero cuando lo hacía, ese joven caballero le contaba que el subdirector tenía un don especial para descubrir tus zonas más vulnerables cuando «te zurraba» bajo cualquier pretexto, (¡por Júpiter!). Durante quince días no podías sentarte sin chillar. También le hablaba sobre las tremendas peleas a puñetazos que solían tener con los granujas del pueblo, que te esperaban agazapados y casi te mataban si te encontraban solo. Sin olvidarse de lo divertido que era hacer que un alumno más joven trabajara para ti, haciendo todo tu trabajo sucio. El pelo del joven Verdant casi se erizaba al escuchar tales horrores, y emitía un grito ahogado de puro pánico con solo pensar que ése podría llegar a ser *su* espantoso destino.

Así pues, el señorito Charley sentía un placer malicioso en darle ánimos.

—Pero tranquilo —decía—, sólo tendrás que trabajar para otro durante los primeros dos o tres años; después, si llegas al cuarto curso, tú mismo podrás tener un *criado*. ¡Te aseguro que es de lo más divertido ver como algunos de los *criados* se enfadan en el campo de críquet! Haces que un compañero te pase unas pelotas, sólo para practicar, y mandas una pelota al terreno de otro y luego le ordenas a tu *criado* que vaya a recogerla. Entonces él va a buscarla mientras que el otro tipo le grita: «¡No toques esa pelota o te daré una

paliza!». Entonces le llamas y le dices: «¿Por qué no haces lo que te ordeno?». Y él responde: «¡Por favor, señor!». Entonces el mocoso empieza a lloriquear. Y a continuación le dices: «¡De eso nada, chico! ¡Tóquese los dedos de los pies!». Como los obligamos a llevar tirantes expresamente, sus pantalones quedan bien ajustaditos. ¡Entonces sacas tu cinturón y lo calientas! Entonces él va a buscar la pelota, y el otro tipo le grita: «¡Te dije que dejaras esa pelota en paz! ¡Ven aquí, chico! ¡Tóquese los dedos de los pies!». Y él también lo calienta, y todos nos reímos. ¡Es divertidísimo, te lo aseguro!

El joven Verdant lo consideraba de lo más... espantoso. Sentado ante la chimenea, relataba estos horrores a su madre y hermanas que, estremecidas, imaginaban unas escenas que esperaban que le fuesen ahorradas a su querido niño.

Es posible que el joven Charley tuviera sus propias razones para pintar las cosas peor de lo que realmente eran, pero, mientras la información relacionada con los colegios privados fuera de esa índole, el joven Verdant agradecía que lo mantuvieran alejado de ellos. Por otro lado, la superioridad de su amigo en edad y en conocimientos le producía un temor oculto, y la tímida inquietud que sentía en su presencia hacía más intenso el deseo de volver junto a sus hermanas. Por su parte, el señorito Charley albergaba cierto desdén juvenil hacia un chico que no sabía disparar un arma, lanzar una pelota de críquet ni saltar una zanja sin caer en ella. De modo que poco se vieron el muchacho de la rectoría y el de Manor Green. Mientras el uno cursaba estudios en un colegio privado, el otro era educado entre las faldas de las mujeres.

Pese a encontrarse bajo gobierno femenino, Verdant Green no se libró de esos tiranos de la juventud que son las lenguas muertas. Su tía Virginia era tan docta como su estimada antepasada en la corte de Isabel (la mismísima Reina Virgen de las literatas) y, bajo su orientación, el señorito Verdant era arrastrado con dolorosa diligencia por el camino que debía conducirlo al Parnaso. Era todo un espectáculo verla sentada rígida y recta, con su maravilloso «frontispicio» de cabello negro (de alguna otra persona), embellecido a ambos lados con cuatro tirabuzones en forma de salchicha, mientras, con gafas en la nariz y diccionario en mano, instruía a su sobriño en aquellas esplendorosas artes destinadas a suavizar sus maneras y evitar su envejecimiento. Y cuando juntos se adentraban en la página romántica de Virgilio (que era a todo lo que llegaban sus

lecturas clásicas), nada le deleitaba más que declamar las sonoras líneas *Arma virumque cano...* donde las cualidades intrínsecas de los versos excedían las cantidades que ella les otorgaba.

De buena gana la Virginia habría convertido a Virgilio en el contenido exclusivo de su plan de estudios para así poder encargarse ella sola de su alumno. Pero, por desgracia, sus conocimientos eran muy limitados; no sabía nada de griego y nunca había coqueteado con Euclides, y el párroco había convencido al señor Green de que ésas eran materias indispensables en la educación de un muchacho. Así fue que Verdant Green cuando, en lenguaje de granjero, «frisaba» los dieciséis, acudía tres veces por semana a la rectoría, donde el señor Larkyns le dedicaba un par de horas para enseñarle a conjugar *ὄψῳ* y a superar el *Pons Asinorum*. El señor Larkyns no encontró a su alumno especialmente brillante, pero sí diligente y metódico; aunque aprendía lentamente, dominaba bien lo poco que llegó a aprender.

De esta forma, los estudios en la rectoría y en la casa se complementaban, y así siguieron, durante más de dos años, sin apenas interrupciones. Desde hacía algún tiempo, Verdant Green había adoptado la *toga virilis* de los cuellos rígidos y el chaquetón de frac que tan eficazmente nos separan de la edad de la inocencia. La pequeña fiesta familiar de su cumpleaños acababa de celebrarse por decimoctava vez, cuando

Sobrevino un cambio en el espíritu de *su* sueño.